

El momento y la ternura (3).

Variaciones sobre tres cuadros de Edward Hooper

Night windows (Hopper, 1928). Primera parte.

Exterior.

Noche.

Elena prendió el televisor a las 4 de la madrugada. No podía dormir. Igual le ocurrió ayer, anteayer, y le ocurrirá mañana si continúa esta calor y **la persona que la espía desde el otro lado de la calle**. Siempre viste con chaqueta y corbata. Ayer por ejemplo, 32 grados y él en pie, sin mover un músculo, embutido en la misma americana. Luego se sienta bajo la marquesina de la parada y se limita a dejar pasar los autobuses. Lleva una semana así. Elena tomó dos tranquilizantes con un trago de ginebra, corrió la cortina para que el *voyeur* comprobara su existencia y se echó en el sofá. Hizo *zapping* durante más de media hora, cambiando de canal cada 5 segundos, hasta que la pantalla le quedó pequeña al rostro impenetrable de **Marlon Brando**. La presentadora dijo que había muerto en su casa, solo, sin familia, en una silla de ruedas, enfermo, viejo, gordo, podrido por las deudas y la halitosis. Sobre un fotograma de *Sayonara*, la locutora añadió que a pesar del catálogo de síntomas, los médicos aún desconocían la causa última del fallecimiento. Elena descartó el infarto porque Brando debió perder el corazón tras la muerte de sus hijos, y automáticamente **se llevó las manos al suyo para comprobar que a ella le seguía funcionando**, pese a las apariencias. Hace un mes que no lo usa para sentir. Justo desde el día en que **Eduardo** le robó el sueño. Su optimismo natural, la depresión o el orfidal la mantuvieron esperanzada en un regreso imposible. Se encerró en casa. Solicitó la baja laboral y un paquete básico de televisión digital. Llamaba por teléfono al supermercado de la esquina para que le trajeran la compra. Hizo lo mismo con el butano. Con el servicio de lavandería. Con la cena. Hasta que asimiló la certeza de la noticia con un símil desalentador: si pudo morir Eduardo, puede morir cualquiera, incluido Marlon Brando.

Se puso en pie como electrocutada. Cambió la tenue luz del televisor por los 60 w de la lámpara del escritorio. Y se sentó frente al único álbum de fotos que había logrado completar **con ella de protagonista**. Desconozco cuál es el estímulo universal que empuja a las personas a realizar súbitamente una retrospectiva mental de su vida. Se me antoja que el de Elena fue sentirse mortal. Mortal ahora. Cuando esa sensación me infesta la sangre, corro a lavarme las manos y la cara para apagar el incendio. Elena optó por abrir las páginas amarillas por la primera letra y buscar “Automóviles de alquiler. 24 h.”. Empleó casi la totalidad del saldo de su tarjeta para reservar un coche. En menos de un segundo, su operador telefónico le recordó el despilfarro. Y ella, como respuesta a la insolencia, envió un último *sms* de tres caracteres a su mejor amiga, (*ven*), antes de hacerse añicos sobre la alfombra, **gritando como antes jamás lo había hecho**, con el álbum abierto entre las piernas, rota todavía. *Te echo de menos*, decía con la boca anegada de saliva espesa, las manos encalladas y los ojos como canciones de *Kings of convenience*, a la par

que rompía una a una las estampas de su pasado en sentido decreciente: ella sola; ella sola en la puerta de embarque; ella sola con su perro; ella sola en su casa; ella sola con sus padres; ella sola con él; él solo con ella, echados en el césped, en un concierto, en la playa, en una fiesta con amigos, bebiendo, drogados, él desnudo, él leyendo a Auster, él de compras, él esperándola dentro del coche, él, más él, y luego nada y más nada.

Apuró la ginebra con los ojos vueltos hacia la pared donde todavía cuelga su primera foto juntos. Ella estaba pálida como la memoria de los amnésicos, asustada. Salían del cine de identificarse con los protagonistas de la película de **Arturo Ripstein** *Principio y fin*. Ella era a la vez la hermana puta que termina suicidándose y el hermano maestro que renuncia a su amor para casarse con su cuñada embarazada. Los dos hermanos sacrificaron sus destinos para aliviar la carga de la mala reputación al hermano abogado, asegurando que al menos un miembro de la familia pavonease el rango social que merecían. Él era la simbiosis de la madre viuda y el hermano abogado. Como ellos, también él **parecía seguro e inocente**, de no ser por los hematomas que antes de entrar al cine dibujó en las nalgas de Elena. Aún lo parece por pura ignorancia ajena. Ella se encargó de que nadie lo supiera a fuerza de esconderlos bajo pantalones y blusas *pret a porter*. Es verdad que **llegó a ponerle dos denuncias**. La primera la retiró alegando que cayó por las escaleras. El forense la creyó tras una charla telefónica con su compañero de piso. La segunda la rompió en la misma comisaría. Un agente recogió uno a uno los trozos de la copia de la paliza y se los entregó sellados en una bolsa. Elena los ocultó hasta mejor ocasión en el cajón de la licorera. Hoy es el día.